

5 Voces miradas

Las naciones hechizadas

Viviana Paletta (Buenos Aires, 1967)

Reside en Madrid desde 1991. Estudios de doctorado en literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense. Es codirectora de la colección de Narrativa Breve de la editorial Páginas de Espuma. Ha publicado los poemarios: *El patrimonio del aire* (2003) y *Las naciones hechizadas* (El otro el mismo, Venezuela, 2010). Sus poemas y relatos se han incluido en diversas antologías: *El arca. Bestiario y ficciones de treinta y tres narradores hispanoamericanos* (Santiago de Chile-Lima, 2007) y *Los poetas interiores. Una muestra de la nueva poesía argentina* (Madrid, 2005). Ha preparado la edición y prólogo de los *Cuentos completos* de Rodolfo Walsh (Madrid, 2010).

“Enciclopedia universal”, así se titula el último poema de este libro, es decir todas las guerras, la rebeliones aplastadas, las víctimas innumerables... pues esta es la historia de las naciones hechizadas. Hay aquí un inventario de desastres, desde las conquistas coloniales hasta Hiroshima o las “asépticas” guerras actuales. Desde la sangre y las flechas, hasta las modernas armas químicas: ese aire de muerte que “lleva una riada mostaza/ que el viento mueve, esparce y desordena” (y el verso de Garcilaso es contraste casi insoportable con la barbarie de la que habla el poema). O esa “danza del fuego” donde se funden la destrucción de la biblioteca de Sarajevo con los dos millones de libros que un juez federal hizo quemar en Argentina en 1980, los que ardieron el 10 de mayo de 1933 en Alemania o los de la biblioteca de Alejandría... pues “Cada tiempo quema sus hombres y sus libros”, “para que todo empiece a repetirse/ una y otra vez”. Eterna repetición de la historia. Eterno dolor de los “desplazados”, los “exiliados”, las “ultrajadas”, las “maltrechas”, los “desechados”; por eso el poemario termina en el vacío de unos corchetes en blanco, espacio de los no nombrados, lo no dicho. Lo que es ausencia pero nunca olvido. Para recordar, decir lo indecible, mirar de cara el horror y, sin embargo, levantar la esperanza. Para pensar y hacer otra historia posible, para romper el hechizo de las naciones.

Antonio Crespo Massieu

aire

*[...] no entiendo la repugnancia sobre el uso del gas.
Estoy muy a favor del uso del gas contra tribus incivilizadas.*
Winston Churchill

No tenemos ninguna convicción
salvo la respiración enardecida.

Y el aire que sigue su riguroso quehacer.

Bate una multitud cuando se agita.
Está azorado. Desencajado.
Y de tanto girar se desmadeja.

Irrumpe una algarada de viento:
no trae legiones, no trae timbales
ni estandartes ni ojivas.

Se vale de sí
de su propio aliento desfigurado
aire de aire.

Lleva una riada mostaza
que el viento mueve, esparce y desordena.

Nos envuelve en su marisma de niebla
bajo su manto nos calcina
como la nieve entretejida
como el retumbo del agua.

No tiene esqueleto.
Ni mecánica. Ni superficie.
Es un silbido
amarillo de Siena.
Un ardor que carda los cuerpos.

Pero me han dado
una copa de viento:
¿no la he de apurar?

la danza del fuego

Donde se queman libros también se quema a la gente.

Heinrich Heine

*Los que se sirvan de la Antigüedad para denigrar los tiempos
presentes serán ejecutados [...].*

Edicto de Schi Huang-Ti, 213 a.C.

17 de mayo de 1992:
proyectiles incendiarios
lanzados desde las vecinas colinas
arrasan la memoria de Bosnia:
sus manuscritos árabes, turcos, persas,
los poemas sufíes y otomanos,
cartas, cuentas, ordenanzas de sultanes,
el registro de la tierra.
El fuego ardió todo el día
y su reflejo se lo llevó el Miljacka
a ninguna parte.

Por orden del juez federal de La Plata,
Mayor retirado De la Serna,
en un baldío de Sarandí
el 3 de agosto de 1980
varios camiones procedieron a descargar
dos millones de libros.
Los rocían con gasoil y les prenden fuego.
La niebla no pudo aquietar
ese resplandor.

El 10 de mayo de 1933
un filólogo patituerto
que amaba los clásicos
enciende la mecha
y un circuito de fuego olímpico
nace en la Bebelplatz,
enreda Alemania:
Bonn, Bremen, Dresde, Nuremberg, Kiel, Frankfurt...

La muchedumbre delira,
sus ojos claros chisporrotean.

Los papiros helénicos
caldearon las aguas de las termas públicas.
Allí fogareaban Heráclito, Hesíodo,
Gorgias, Epicuro,
Arquíloco...

Teófilo rompe
piedra a piedra
los restos de los muros
del Serapeo.

La blanca ceniza
cubre el cielo de Lovaina.

El 24 de agosto de 410 Alarico conquistó Roma.
Los rollos, desaforados, iluminaron la tropelía,
las fauces abiertas de la gula,
el ronquido al alba de las bestias.

Los Ptolomeos mandaban a sus mercaderes
a cada confín del mundo a buscar el idioma escrito.
Entre columnatas se guardaban diez salas de papiros,
un zoológico, un observatorio, un lugar para discutir.
Ya no leeremos a Aristarco de Samos,
ni la historia general del mundo de un babilonio.
El agua de las fuentes de Alejandría
no pudo amainar tanta fiebre.

Schi Huang-Ti
cuya dinastía se basaba en el número seis,
el agua y el color negro,
no se dejaba ver por nadie.
Buscaba la fórmula de la inmortalidad.
Ordenó
quemar los libros que no enseñaran
agricultura, medicina o profecías.

Quien ocultase alguno
era condenado a trabajar en la Gran Muralla.
Una riada de fuego
arrastró
las bibliotecas del imperio
para borrar su memoria de las cosas
para que todo empiece a repetirse
una y otra vez.

Cada tiempo quema sus hombres y sus libros.
Mientras, arriba, permanecen mutilados los planetas.

pie de foto

Toda la imagen está en el pie.
En cursiva.
Su fecha, los nombres
si se tienen.
El día histórico.

Hay espesura
en esa carne
en la voz que se cercenó
de esos ojos.

El aire
se inclina
estupefacto
sobre ese cadáver.

Eso pasó: lo vieron
y lo enseñan.

Pero nadie menciona lo excluido.
Lo que se quedó allí sin revelar.

Alguien con un grito ahogándose en el pecho.
La anodina víspera
para que esto sucediera.

No nos transforma. Nos lo muestran.
La foto es literal.
También la palabra al pie.
Y el profundo silencio
que se mezcla en el polvo.

caligrafía

Las casas,
los animales,
las personas
quedaron desvaídas
desdibujadas
tinta tenue en el lienzo
del aire:
la madre en el gesto
de alcanzar la cuchara rebosante
a su hijo;
la intuición del poeta
reclinado ante el blanco papel;
un pétalo que se desprendía
de la enramada;
el primer beso de dos;
el dragón de un quimono
calcado sobre la piel de una muchacha;
el bambú sin cortar; la ropa limpia
tendida.
Y la cajita del almuerzo de Shigeru.
Las manillas de la ciudad
ardieron a las 8 y 16.
Por el instante detenido
sabemos que se ha escrito
lo que vendrá.